

Artículos de Fe Religiosa de La Iglesia Wesleyana

I. Fe en la Santísima Trinidad

103. Creemos en el único y verdadero Dios viviente, santo, amoroso, eterno, de infinito poder, sabiduría y bondad; Creador y Preservador de todas las cosas. En la unidad de la Deidad hay tres personas de una misma esencia, poder y eternidad - el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

Gn. 1:1; 17:1; Ex. 3:13-15; 33:20; Dt. 6:4; Sal. 90:2; Is. 40:28-29; Mt. 3:16-17; 28:19; Jn. 1:1-2; 4:24; 16:13; 17:3; Hch. 5:3-4; 17:24-25; 1 Co. 8:4, 6; Ef. 2:18; Fil 2:6; Col. 1:16-17; 1 Ti. 1:17; He. 1:8; 1 Jn. 5:20.

II. El Padre

104. Creemos que el Padre es el Principio de todo lo que existe, sea material o espiritual. Con el Hijo y el Espíritu Santo, hizo al hombre a Su imagen. En consecuencia, Su relación con el hombre es como Padre, y como tal, manifiesta eternamente Su buena voluntad para con el hombre. En amor, busca y recibe al pecador que se arrepiente.

Sal. 68:5; Is. 64:8; Mt. 7:11; Jn. 3:17; Ro. 8:15; 1 P. 1:17.

III. El Hijo de Dios

105. Creemos en Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios. Fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la Virgen María, verdadero Dios y verdadero hombre. Murió en la cruz y fue sepultado, para ser un sacrificio, tanto por el pecado original como por todos los pecados cometidos por los hombres, y para reconciliarnos con Dios. Cristo corporalmente, resucitó de entre los muertos, ascendió al cielo y allí a la diestra del Padre intercede por nosotros; desde allí vendrá a juzgar a todos los hombres en el día final.

Sal. 16:8-10; Mt. 1:21, 23; 11:27; 16:28; 27:62-66; 28:5-9, 16-17; Mr. 10:45; 15; 16:6-7; Lc. 1:27, 31, 35; 24:4-8, 23; Jn. 1:1, 14, 18; 3:16-17; 20:26-29; 21; Hch. 1:2-3; 2:24-31; 4:12; 10:40; Ro. 5:10, 18; 8:34; 14:9; 1 Co. 15:3-8, 14; 2 Co. 5:18-19; Gá 1:4; 2:20; 4:4-5; Ef. 5:2; 1 Ti. 1:15; He. 2:17; 7:27; 9:14, 28; 10: 12; 13:20; 1 Pe. 2:24; 1 Jn. 2:2; 4:14.

IV. El Espíritu Santo

106. Creemos en el Espíritu Santo quien procede del Padre y del Hijo, y es de la misma esencia, majestad y gloria como el Padre y como el Hijo, verdadero y eterno Dios. El administra la gracia a toda la humanidad, y es particularmente eficaz Agente que convence de pecado, regenera, santifica y glorifica; es omnipresente; afirma, preserva, guía y capacita al creyente.

Job 33:4; Mt. 28:19; Jn. 4:24; 14:16-17; 15:26; 16:13-15; Hch. 5:3-4; Ro. 8:9; 2 Co. 3:17; Gá 4:6.

V. La Suficiencia y Plena Autoridad de las Santas Escrituras para la Salvación

107. Creemos que los libros del Antiguo y Nuevo Testamento son las Santas Escrituras, y son la inspirada e infalible escrita Palabra de Dios; son completamente libres de error en sus manuscritos originales, y por encima de toda autoridad humana, y han sido transmitidas actualmente sin la corrupción de alguna doctrina particular. Creemos que ellas contienen todas las enseñanzas necesarias para la salvación; por lo tanto, lo que no se encuentra en, ni puede probarse por ellas, no debe exigirse a nadie que lo crea como artículo de fe, y menos, que crea que es un requisito para su salvación. Tanto en el Antiguo Testamento como el Nuevo, la vida eterna se ofrece por medio de Cristo, quien es el único Mediador entre Dios y el hombre. El Nuevo Testamento enseña como obedecer a Dios en amor que sólo es posible por medio del Espíritu Santo morando en él.

Los libros canónicos del Antiguo Testamento son: Génesis, Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, 1 Samuel, 2 Samuel, 1 Reyes, 2 Reyes, 1 Crónicas, 2 Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester, Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Los libros canónicos del Nuevo Testamento son: Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Los Hechos de los Apóstoles, Romanos, 1 Corintios, 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 Tesalonicenses, 2 Tesalonicenses, 1 Timoteo, 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos, Santiago, 1 Pedro, 2 Pedro, 1 Juan, 2 Juan, 3 Juan, Judas y Apocalipsis.

Sal. 19:7; Mt. 5:17-19; 22:37-40; Lc. 24:27, 44; Jn. 1:45; 5:46; 17:17; Hch. 17:2, 11; Ro. 1:2; 15:4, 8; 16:26; 2 Co. 1:20; Gá. 1:8; Ef. 2:15-16; 1 Ti. 2:5; 2 Ti. 3:15-17; He. 4:12; 10:1; 11:39; Stg. 1:21; 1 P. 1:23; 2 P. 1:19-21; 1 Jn. 2:3-7; Ap. 22:18-19.

VI. El Propósito de Dios para con el Hombre

108. Creemos que los dos grandes mandamientos que nos requieren amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, sintetizan la ley divina tal como es revelada en las Escrituras. Son ellas la perfecta medida y norma de los deberes humanos, tanto para el orden y la dirección de la familia, la nación, las agrupaciones sociables y los actos individuales. Estos mandamientos nos exigen reconocer a Dios como nuestro único Gobernante Supremo y a todos los hombres como creados por El, con iguales derechos. Por lo tanto, todos los hombres deben ordenar todas sus acciones individuales, sociales y políticas a fin de tributar a Dios completa y absoluta obediencia, y permitir a todos los hombres gozar de sus derechos naturales como también contribuir a la mayor felicidad de cada uno en la posesión y ejercicio de tales derechos.

Lv. 19:18, 34; Dt. 1:16-17; Job 31:13-14; Jer. 21:12; 22:3; Mi. 6:8; Mt. 5:44-48; 7:12; Mr. 12:28-31; Lc. 6:27-29, 35; Jn. 13:34-35; Hch. 10:34-35; 17:26; Ro. 12:9; 13:1, 7-8, 10; Gá. 5:14; 6:10; Tito 3:1; Stg. 2:8; 1 P. 2:17; 1 Jn. 2:5; 4:12-13; 2 Jn. 6.

VII. La Elección del Hombre

109. Creemos que la creación del hombre a la imagen de Dios incluye la capacidad de escoger entre el bien y el mal. El hombre fue hecho moralmente responsable de sus elecciones, pero desde la caída de Adán, el hombre es incapaz, en su propia fuerza natural, de hacer el bien. Esto es resultado del pecado original: esto no se limita simplemente a seguir el ejemplo de Adán, sino más bien es la corrupción de la naturaleza caída, heredada de Adán. Por esta causa, el hombre está muy lejos de la justicia original, y su pecaminosa naturaleza está inclinada continuamente al mal. El no puede por sí mismo buscar a Dios ni ejercitar la fe para su salvación. Por medio de Jesucristo la gracia preveniente de Dios hace posible para el hombre lo que él por sí mismo nunca llegaría a hacer. Esta gracia se da libremente a todos los hombres y capacita a todo aquel que quiera ser salvo.

Gn. 6:5; 8:21; Dt. 30:19; Jos. 24:15; 1 R. 20:40; Sal. 51:5; Is. 64:6; Jer. 17:9; Mr. 7:21-23; Lc. 16:15; Jn. 7:17; Ro. 3:10-12; 5:12-21; 1 Co. 15:22; Ef. 2:1-3; 1 Ti. 2:5; Tit. 3:5; He. 11:6; Ap. 22:17.

VIII. Matrimonio y Familia

110. Creemos que el hombre fue creado a la imagen de Dios, que la sexualidad humana se refleja en esa imagen en términos de amor, comunicación, compañerismo, subordinación íntima de la persona hacia el Ser Mayor y su consolidación. La Palabra de Dios hace de la relación matrimonial una metáfora de Su relación con Su pueblo redimido y para revelar la verdad que dicha relación es de Dios con un pueblo. Por tanto el plan de Dios para la sexualidad humana es que debe ser expresada solamente en una relación conyugal de toda una vida entre un hombre y una mujer dentro del marco del matrimonio. Esta es la única relación designada divinamente para el nacimiento y crianza de niños y es un pacto de unión hecho a la vista de Dios, teniendo prioridad sobre cualquier otra relación humana.

Gn. 1:27-28; 2:18, 20, 23, 24; Is. 54:4-8; 62:5b; Jer. 3:14; Ez. 16:3ss; Os. 2; Mal. 2:14; Mt. 19:4-6; Mr. 10:9; Jn. 2:1-2, 11; 1 Ti. 5:14; 1 Co. 9:5; Ef. 5:23-32; He. 13:4; Ap. 19:7-8.

IX. La Expiación

111. Creemos que el sacrificio de Cristo, hecho una sola vez, por medio de Sus sufrimientos y muerte meritoria en la cruz, provee la perfecta redención y propiciación por todos los pecados del mundo entero, tanto por el pecado original como por los pecados actuales de transgresión. No hay otro medio para ser salvo del pecado sino este sacrificio. Esta expiación es suficiente para la salvación de toda la descendencia adámica. Esta gracia de Dios cubre a los deficientes mentales, a los creyentes que pierden la razón y también a los niños que no han llegado al uso de la razón. Es eficaz para la salvación de todos aquellos que son responsables de sus hechos sólo cuando se arrepienten y creen en Jesucristo.

Is. 52:13-53:12; Lc. 24:46-47; Jn. 3:16; Hch. 3:18; 4:12; Ro. 3:20, 24-26; 5:8-11, 13, 18-20; 7:7; 8:34; 1 Co. 6:11; 15:22; Gá. 2:16; 3:2-3; Ef. 1:7; 2:13, 16; 1 Ti. 2: 5-6; He. 7:23-27; 9:11-15, 24-28; 10:14; 1 Jn. 2:2; 4:10.

X. Arrepentimiento y Fe

112. Creemos que para que el hombre se apropie de lo que la gracia preveniente de Dios ha hecho posible, él debe voluntariamente responder en arrepentimiento y fe. El poder viene de Dios, pero el hecho corresponde al hombre.

El arrepentimiento es inspirado por el ministerio convincente del Espíritu Santo. Implica un cambio voluntario de la mente en renunciar al pecado y anhelar la justicia, una tristeza divina y una confesión por nuestros pecados pasados, restitución apropiada de las malas acciones, y una resolución de reformar la vida. El arrepentimiento es la condición previa para la fe salvadora y sin él es imposible la fe salvadora. Fe en cambio, es la única condición de salvación. Comienza en la decisión mental y en el consentimiento de la voluntad a la verdad del Evangelio, pero se origina en la entrega completa de toda la persona al poder salvador de Jesucristo y en una completa confianza de sí mismo en Él como Salvador y Señor. La fe salvadora se expresa en un testimonio público de Su Señorío y en una identificación con Su Iglesia.

Mr. 1:15; Lc. 5:32; 13:3; 24:47; Jn. 3:16; 17:20; 20:31; Hch. 5:31; 10:43; 11:18; 16:31; 20:21; 26:20; Ro. 1:16; 2:4; 10:8-10, 17; Gá. 3:26; Ef. 2:8; 4:4-6; Fil. 3:9; 2 Tes. 2:13; 2 Ti. 2:25; Hch. 11:6; 12:2; 1 P. 1:9; 2 P. 3:9.

XI. La Justificación y la Regeneración

113. Creemos que cuando el hombre se arrepiente de su pecado y cree en el Señor Jesucristo, es, en este momento, justificado o regenerado, y recibido en la familia de Dios y por el testimonio del Espíritu Santo, su salvación es confirmada.

Creemos que somos justos delante de Dios sólo por los méritos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; somos justificados por la fe y no por nuestras obras.

Creemos que la regeneración es la obra del Espíritu Santo por medio de la cual el pecador perdonado es hecho un hijo de Dios. Esta nueva vida se recibe por medio de la fe en Jesucristo, y libra a los regenerados del poder del pecado que reina sobre los no regenerados, así que ellos aman a Dios y por medio de Su gracia Le sirven con toda su voluntad y con todo su corazón, y reciben además, el Espíritu de adopción por el cual claman, "Abba, Padre".

Justificación: Hab. 2:4; Hch. 13:38-39; 15:11; 16:31; Ro. 1:17; 3:28; 4:2-5; 5:1-2; Gá. 3:6-14; Ef. 2:8-9; Fil. 3:9; He. 10:38.

Regeneración: Jn. 1:12-13; 3:3, 5-8; 2 Co. 5:17; Gá. 3:26; Ef. 2:5, 10, 19; 4:24; Col. 3:10; Tit. 3:5; Stg. 1:18; 1 P. 1:3-4; 2 P. 1:4; 1 Jn. 3:1.

Adopción: Ro. 8:15; Gá. 4:5, 7; Ef. 1:5.

Testimonio del Espíritu: Ro. 8:16-17; Gá. 4:6; 1 Jn. 2:3; 3:14, 18-19.

XII. Las Buenas Obras

115. Creemos que las buenas obras, aunque no pueden salvarnos de nuestros pecados, ni librarnos del justo juicio de Dios, son sin embargo el fruto de la fe y siguen después de la regeneración. Por lo tanto, ellas son, en Cristo, agradables y aceptables a Dios, y por medio de ellas la fe viva se conoce, como se conoce al árbol por su fruto.

Mt. 5:16; 7:16-20; Jn. 15:8; Ro. 3:20; 4:2, 4, 6; Gá. 2:16; 5:6; Ef. 2:10; Fil. 1:11; Col 1:10; 1 Tes. 1:3; Tit. 2:14; 3:5; Stg. 2:18, 22; 1 P. 2:9, 12.

XIII. El Pecado después de la Regeneración

116. Creemos que después de haber sido regenerado se puede caer en el pecado, pues, en esta vida no hay tal altura ni estado de santidad de la cual no sea posible caer; pero, por la gracia de Dios, quien ha caído en pecado puede, por el verdadero arrepentimiento y fe, encontrar el perdón y la restauración.

Mal. 3:7; Mt. 18:21-22; Jn. 15:4-6; 1 Tim. 4:1, 16; He. 10:35-39; 1 Jn. 1:9; 2:1, 24-25.

XIV. La Santificación: Inicial, Progresiva y Entera

117. Creemos que la santificación es esa obra del Espíritu Santo por la cual el hijo de Dios está separado del pecado y es capaz de amar a Dios con todo su corazón y caminar irreprochable en todos Sus santos mandamientos. La santificación empieza en el mismo momento de la justificación y regeneración. Desde ese momento hay una santificación gradual y progresiva mientras el creyente anda con Dios y crece diariamente en Su gracia y en una obediencia más perfecta a Dios. Esto le lleva a la crisis de la entera santificación que se opera instantáneamente cuando el creyente se presenta a sí mismo en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios por la fe en Jesucristo, siendo efectuado por el bautismo del Espíritu Santo quien limpia el corazón de todo pecado innato. La experiencia de la entera santificación perfecciona en amor al creyente y le capacita con el poder del Espíritu Santo para un servicio más eficaz, y es seguido por una vida de crecimiento en la gracia y un mayor conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. La vida de santidad continúa por medio de la fe en la sangre santificadora de Cristo y se manifiesta por una obediencia voluntaria a la voluntad de Dios.

Gn. 17:1; Dt. 30:6; Sal. 130:8; Is. 6:1-6, 35; Ez. 36:25-29; Mt. 5:8, 48; Lc. 1:74-75; 3:16-17; 24:49; Jn. 17:1-26; Hch. 1:4-5, 8; 2:1-4; 15:8-9; 26:18; Ro. 8:3-4; 1 Co. 1:2; 6:11; 2 Co. 7:1; Ef. 4:13, 24; 5:25-27; 1 Tes. 3:10, 12-13; 4:3, 7-8; 5:23-24; 2 Tes. 2:13; Tit. 2:11-14; He. 10:14; 12:14; 13:12; Stg. 3:17-18; 4:8; 1 Pe. 1:2; 2 Pe. 1:4; 1 Jn. 1:7, 9; 3:8-9; 4:17-18; Jud. 24.

XV. Los Dones del Espíritu

118. Creemos que el Don del Espíritu es el mismo Espíritu Santo. El debe ser deseado más que los mismos dones los cuales El en su sabiduría dispensa a miembros individuales de la Iglesia a fin de capacitarlos propiamente para cumplir su función como miembros del cuerpo de Cristo. Los dones del Espíritu, aunque no siempre identificables como habilidades naturales, se manifiestan por medio de éstas, para la edificación de toda la iglesia. Estos dones deben ser usados con amor bajo la dirección de la Cabeza de la iglesia lo cual es Cristo y no del hombre. El valor relativo de los dones del Espíritu debe ser probado por su utilidad en la iglesia y no por algún éxtasis producido en quienes los reciben.

Lc. 11:13; 24:49; Hch. 1:4; 2:38-39; 8:19-20; 10:45; 11:17; Ro. 12:4-8; 1 Co. 12:1-14:40; Ef. 4:7-8, 11-16; He. 2:4; 13:20-21; 1 P. 4:8-11.

XVI. La Iglesia

119. Creemos que la iglesia cristiana es el cuerpo entero de los creyentes en Jesucristo, el Fundador y única Cabeza de la iglesia. Esta iglesia se compone tanto de los creyentes que han muerto en Cristo Jesús, como de quienes han quedado en la tierra, que han renunciado al mundo, a la carne, y al diablo, y se han dedicado a la obra que Cristo encomendó a la iglesia hasta que El venga. La iglesia en la tierra debe predicar la pura Palabra de Dios, y administrar debidamente los sacramentos de acuerdo con las instrucciones de Cristo, y obedecer estrictamente todo lo que Cristo ha mandado. Una iglesia local es un cuerpo de creyentes organizado formalmente en los principios del Evangelio; se reúne regularmente con el propósito de evangelizar, edificarse en la fe, mantener comunión, y adorar a Dios. La Iglesia Wesleyana es una denominación compuesta de los miembros dentro de las asambleas distritales e iglesias locales quienes, como miembros del Cuerpo de Cristo, conservan la fe expuesta en los Artículos de Fe Religiosa y reconocen la autoridad eclesiástica de sus cuerpos gobernantes.

Mt. 16:18; 18:17; Hch. 2:41-47; 9:31; 11:22; 12:5; 14:23; 15:22; 20:28; 1 Co. 1:2; 12:28; 16:1; 2 Co. 1:1; Gá 1:2; Ef. 1:22-23; 2:19-22; 3:9-10, 21; 5:22-33; Col. 1:18, 24; 1 Tes. 1:1; 2 Tes. 1:1; 1 Ti. 3:15; He. 12:23; Stg. 5:14.

XVII. Los Sacramentos: el Bautismo y la Santa Cena

120. Creemos que el bautismo con agua y la Cena del Señor son los sacramentos de la iglesia ordenados por Cristo y son también medios de gracia cuando se reciben por medio de la fe. Son marcos de la profesión de la fe cristiana y señales del ministerio de la gracia de Dios para con nosotros. Por medio de ellos El obra en nosotros para avivar, fortalecer y confirmar nuestra fe.

Creemos que el bautismo con agua es un sacramento de la iglesia, ordenado por Cristo para ser administrado a creyentes. Es un símbolo del nuevo pacto de gracia y significa nuestra aceptación de los beneficios de la expiación de Jesucristo. Por medio del bautismo, el creyente declara su fe en Jesucristo como su Salvador.

Mt. 3:13-17; 28:19; Mr. 1:9-11; Jn. 3:5, 22, 26; 4:1-2; Hch. 2:38-39, 41; 8:12-17, 36-38; 9:18; 16:15, 33; 18:8; 19:5; 22:16; Ro. 2:28-29; 4:11; 6:3-4; 1 Co. 12:13; Gá 3:27-29; Col. 2:11-12; Tit. 3:5.

Creemos que la Cena del Señor es un sacramento de nuestra redención por la muerte de Cristo y de nuestra esperanza de Su regreso victorioso, y es a la vez una señal del mutuo amor de los cristianos. De tal manera que, a quienes la reciben humilde y dignamente por fe, les es un medio por el cual Dios comunica gracia al corazón.

Mt. 26:26-28; Mr. 14:22-24; Lc. 22:19-20; Jn. 6:48-58; 1 Co. 5:7-8; 10:3-4, 16-17; 11:23-29.

XVIII. La Segunda Venida de Cristo

123. Creemos que la certeza del regreso personal e inminente de Cristo es una poderosa inspiración para vivir santamente y ocuparnos celosamente en la evangelización del mundo. Cuando El regrese, El cumplirá todas las profecías hechas referentes a Su triunfo final y completo sobre el mal.

Job 19:25-27; Is. 11:1-12; Zac. 14:1-11; Mt. 24:1-51; 25; 26:64; Mr. 13:1-37; Lc. 17:22-37; 21:5-36; Jn. 14:1-3; Hch. 1:6-11; 1 Co. 1:7-8; 1 Tes. 1:10; 2:19; 3:13; 4:13-18; 5:1-11, 23; 2 Tes. 1:6-10; 2:1-12; Tit. 2:11-14; He. 9:27-28; Stg. 5:7-8; 2 P. 3:1-14; 1 Jn. 3:2-3; Ap. 1:7; 19:11-16; 22:6-7, 12, 20.

XIX. La Resurrección de los Muertos

124. Creemos en la resurrección corporal de los muertos de todo el género humano de los justos a la resurrección de vida, y de los injustos a la resurrección de condenación. La resurrección de los muertos en el Señor ocurrirá a la segunda venida de Cristo, y la de los impíos, más tarde. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo es la garantía de la resurrección de los que están en Cristo. El cuerpo resucitado será un cuerpo espiritual, pero la persona será entera y reconocible.

Job 19:25-27; Dn. 12:2; Mt. 22:30-32; 28:1-20; Mr. 16:1-8; Lc. 14:14; 24:1-53; Jn 5:28-29; 11:21-27; 20:1-21:25; Hch. 1:3, Ro. 8:11; 1 Co. 6:14; 15:1-58; 2 Co. 4:14; 5:1-11; 1 Tes. 4:13-17; Ap. 20:4-6, 11-13.

XX. El Juicio del Hombre

125. Creemos que las Escrituras revelan a Dios como el Juez de toda la humanidad y que Sus juicios se basan en Su omnisciencia y justicia eterna. Su administración de justicia culminará en la reunión final del género humano delante de Su trono de gran majestad y poder, donde los libros serán examinados y las recompensas y castigos finales serán administrados.

Ec. 12:14; Mt. 10:15; 25:31-46; Lc. 11:31-32; Hch. 10:42; 17:31; Ro. 2:16; 14:10-12; 2 Co. 5:10; 2 Ti. 4:1; He. 9:27; 2 P. 3:7; Ap. 20:11-13.

XXI. El Destino Final

126. Creemos que las Santas Escrituras enseñan claramente la existencia consciente y personal después de la muerte. El destino final del hombre está determinado por la gracia de Dios y la respuesta del hombre, la que se evidencia inevitablemente por su carácter moral que resulta de sus elecciones libres y personales; su destino eterno no está determinado por algún decreto arbitrario de Dios. El cielo con su eterna gloria y las bendiciones de la presencia de Cristo es la morada final de aquellos que escogen la salvación que Dios provee por medio de Jesucristo. El infierno con su eterno sufrimiento y separación de Dios es la morada final de quienes descuidan esta gran salvación.

Dn. 12:2; Mt. 25:34-46; Mr. 9:43-48; Lc. 13:3; Jn. 8:21-23; 14:2-3; 2 Co. 5:6, 8, 10; He. 2:1-3; 9:27-28; 10:26-31; Ap. 20:14-15; 21:1-22:5, 14-15.